

MOLIERE de Molière

*DISCURSO PARA LA ESCENA, EN UN ACTO, SOBRE LA
VIDA **JEAN-BAPTISTE POQUELIN “MOLIÈRE”** QUE
PARTE DE ALGUNOS DE SUS TEXTOS DRAMÁTICOS.*

ORIGINAL DE JAN THOMAS MORA RUJANO

No hay destino más angustioso para un artista que tener que mostrarse ante los tontos, ver su obra expuesta a la crítica del vulgo e ignorante.
Molière

PERSONAJES:

MOLIÉRE de 51 años.

MOLIÉRE de 20 años.

MUJER DE MOLIÉRE.

LA CRIADA.

PADRE DE MOLIÉRE.

SOLDADO DEL REY.

MASCARILLA de la obra de teatro *Las preciosas ridículas*.

MADELON de la obra de teatro *Las preciosas ridículas*.

CATHOS de la obra de teatro *Las preciosas ridículas*.

ELMIRA de la obra de teatro *Tartufo*.

ORGÓN de la obra de teatro *Tartufo*.

TARTUFO de la obra de teatro *Tartufo*. Lo interpreta Moliere de 51 años aparentando 42 años.

DON JUAN de la obra de teatro *Don Juan*. Lo interpreta Moliere de 51 años, aparentando 43 años.

SGANARELLE de la obra de teatro *Don Juan*.

DON CARLOS de la obra de teatro *Don Juan*.

UN ESPECTRO de la obra de teatro *Don Juan*.

LA ESTATUA DEL COMENDADOR de la obra de teatro *Don Juan*.

ARGÁN de la obra de teatro *El enfermo imaginario*. Lo interpreta Moliere de 51 años.

ANTONIA, la criada, de la obra de teatro *El enfermo imaginario*.

BERALDO de la obra de teatro *El enfermo imaginario*.

BELISA, mujer de Argán de la obra de teatro *El enfermo imaginario*. Lo interpretará La Mujer de Moliere.

ANGÉLICA, hija de Argán de la obra de teatro *El enfermo imaginario*.

CLEONTE de la obra de teatro *El enfermo imaginario*.

LUGAR Y ÉPOCA

FRANCIA, FEBRERO DE 1673.

ACTO ÚNICO

PRIMERA ESCENA

16 DE FEBRERO DE 1673 (UN DÍA ANTES DE LA MUERTE DE MOLIÉRE Y DE LA SÉPTIMA FUNCIÓN DE *LE MALADE IMAGINAIRE*). HABITACIÓN DE MOLIÉRE.

MOLIÉRE (**Delirando. Tose mucho. Se tapa la boca con un pañuelo que tiene manchas de sangre. Está en su cama**).- ¡Que no me baja el espíritu! Que hoy no lo tengo... que no me posee... que no puedo representarlo. Que deliro... que me muero. (**Pierde la mirada en el infinito repitiendo una y otra vez este parlamento**).

MUJER DE MOLIÉRE (**A la Criada**).- Si sigue así, mañana no irá al teatro.

CRIADA.- Será lo mejor, señora...

MOLIÉRE (**A la mujer. Continúa en su delirio**).- Solo muerto dejaré de actuar... de representar lo que no soy. De permitirle a mi cuerpo que vengan a mí todos esos espíritus. ¡Esas almas! (**En el recuerdo. Tosiendo**). Ven a mí, Tartufo, falso devoto. Ven a mí, Don Juan, poséeme... ¡Avaro! Avaro mío, Harpagón mío. Vengan a mí... siempre... eternamente les presto mis carnes. Vivan en mí.

MUJER DE MOLIÉRE (**A la Criada**).- Ayúdame a darle su medicina.

La Criada ayuda a la Mujer de Molière a darle su medicina. Molière la escupe. La Criada sale a la habitación, busca con que limpiar el reguero que ha causado Moliere.

MUJER DE MOLIÉRE.- Amado mío, debes tomarte tu medicina. Recuerda lo que te dijo el médico.

MOLIÉRE.- A palos me voy a tomar esos remedios, mujer...

MUJER DE MOLIÉRE (**Saliendo de la habitación**).- Pues bien, querido, sino hay otra manera... pue será a palos. (**Termina de salir**).

MOLIÉRE (**Solo**).- “Un demonio en sangre humana...” Así me llaman las autoridades religiosas. ¡Hipócritas! (**Ríe**). “La hipocresía es el colmo de todas las maldades”. (**Tose. Luego de una pausa**). Se muy bien que esto que tengo va a acabar conmigo. Quizás ahora... mañana o en una semana yace muerto. El momento no lo sé. ¡No lo puedo saber todo! (**El personaje entra en un ensueño**).

SEGUNDA ESCENA

1642. MOLIÉRE DE 20 AÑOS CONVERSA CON SU PADRE EN EL CASTILLO DEL REY LUIS XIII.

MOLIÉRE.- Aunque tenga por usted particulares afectos, padre. A usted le debo respeto. No ejerceré jamás esto que estudio. Quiero ayudarle a usted con la esta faena. Se que madre de donde se encuentre le gustará que haya tomado esta decisión. Ayudarlo con las cosas de la tapicería del rey.

PADRE DE MOLIÉRE.- Aunque es tradición en la familia continuar con este oficio, yo quiero para usted otro destino... no el mismo que el mío.

MOLIÉRE.- Que ya yo me he labrado mi destino. “La virtud es el primer título de nobleza; yo no me fijo en los títulos de una persona, sino en sus actos”.

TERCERA ESCENA

16 DE FEBRERO DE 1673. HABITACIÓN DE MOLIÉRE.

MOLIÉRE (**Evocando recuerdo. Tose**).- Y sustituí, por poco tiempo, a mi padre en el oficio de tapicero del rey. Y ahí comenzó todo... me relacioné con los comediantes Béjart.

Entran la Mujer de Molière seguida de La Criada. La Criada limpia.

MUJER DE MOLIÉRE.- Querido, por la mañana viene el médico...

MOLIÉRE.- No estaré...

MUJER DE MOLIÉRE.- ¿Cómo que no estarás, querido?

MOLIÉRE **(En tono de burla)**.- “Aquí yace Molière, el rey de los actores. En estos momentos hace de muerto y de verdad que lo hace bien”. **(La Criada muestra una mueca de risa)**. No ocultes la risa mujer... Ría... Riendo se cura el alma.

MUJER DE MOLIÉRE.- ¡Deliras, querido!

MOLIÉRE.- Los que escribimos mentiras que se vuelven verdad cuando se representan, deliramos...

MUJER DE MOLIÉRE.- Mejor será que descanses... ¡Ahora te daré tu medicina! **(A La Criada)**. Saliendo mujer... dejemos que el señor descanse. **(Salen)**.

MOLIÉRE **(Se pone de pie sobre la cama. En su delirio evoca a un texto de Don Juan. Tose algunas veces mientras dice el texto)**.- *No existe vergüenza ahora en eso; la hipocresía es un vicio de moda, y todos los vicios de moda se consideran virtudes. El personaje «hombre de bien» es el mejor de todos los personajes que pueden representarse. Hoy en día la profesión de hipócrita posee ventajas maravillosas. Es un arte cuya impostura es siempre respetada, y aunque la descubran, no se atreven a decir nada en contra de ella. Todos los demás vicios de los hombres están expuestos a censuras, y cada cual tiene libertad para hacerlos abiertamente; más la hipocresía es un vicio privilegiado que, con su mano, cierra la boca de todo el mundo y goza descansadamente de una soberana impunidad. Forma uno, a fuerza de muecas, una estrecha agrupación con todos los miembros del partido. Quien ofende a uno, los tiene a todos encima; e incluso aquellos que se sabe que obran de buena fe y que a todos les consta que están realmente convertidos, éstos, repito, son siempre víctimas de los otros; caen ingenuamente en el lazo de los hipócritas y apoyan ciegamente a los menos con sus actos. ¡Cuántos,*

*puedes creerme, conozco, que, por medio de esa estratagema, han enmendado hábilmente los desórdenes de su juventud y que, utilizando como escudo el manto de la religión, disfrutan, bajo esa vestidura respetada, la licencia para ser los hombres más perversos del mundo! Por mucho que se conozcan sus intrigas y lo que ellos son, no dejan por eso de tener crédito entre la gente, y cualquier inclinación de cabeza, un suspiro apenado y unos ojos en blanco compensan, ante el mundo, todo cuanto puedan hacer bajo ese cobijo favorable quiero salvarme y tener mis asuntos en seguridad. No abandonaré mis gratas costumbres; más tendré buen cuidado en ocultarme y me divertiré sin ostentación. Pues si llegan a descubrirme, veré, sin moverme, cómo se ocupa esa partida de mis intereses, y ella me defenderá ante todo y contra todos. En fin, éste será el verdadero medio de hacer impunemente todo cuanto quiera. Me erigiré en censor de las acciones ajenas, juzgaré mal a todo el mundo y no tendré buena opinión más que de mí. No bien me hayan ofendido, por levemente que sea, no perdonaré nunca y conservaré, con toda suavidad, un odio irreconciliable. Me constituiré en vengador de los intereses divinos; y con ese pretexto cómodo perseguiré a mis enemigos, los acusaré de impiedad y sabré desencadenar contra ellos a unos fervientes indiscretos, quiénes, sin conocimiento de causa, los apostrofarán en público, llenándoles de injurias y condenándolos abiertamente con su autoridad privada. Así es como hay que aprovecharse de las flaquezas humanas, así debe acomodarse todo espíritu sabio a los vicios de su siglo. **(Enérgico)**. Y ahí estaba yo... preso, una y otra vez... preso. En aquellos años mozos donde la juventud me hacía valiente para seguir de gira por estas tierras de Francia con *L'illustre Théâtre*.*

Y fui testigo una y mil veces de las hipocresías del hombre... y el fracaso vino para nuestro repertorio: las tragedias *Pierre Corneille*, las farsas y pantomimas al estilo de la *Commedia dell'Arte*.

Ya no era Jean-Baptiste Poquelin, era Molière... ¡Molière de Molière! Siempre Molière.

CUARTA ESCENA

1642. MOLIÉRE CONVERSA CON REY LUIS XIII.

SOLDADO DEL REY.- Su majestad, el Rey, le espera. **(Le entrega un teléfono).**

MOLIÉRE **(Viendo por la pantalla del teléfono. La cara de Molière se debe proyectar en el fondo del escenario. Le habla al público).**- Así como mi padre ha sido leal a usted, yo pienso serlo. Tenemos mucho que agradecerle. A partir de hoy no solo cuenta con un humilde tapicero... a partir de hoy cuenta con el Jean-Baptiste Poquelin...

QUINTA ESCENA

16 DE FEBRERO DE 1673. HABITACIÓN DE MOLIÉRE.

MOLIÉRE **(En el delirio).**- La realeza siempre contó con mi familia... ¡Conmigo no! No pude ser un bufón más de la corte del rey... aunque eso somos los poetas. ¡Bufones! Y así son los bufones... ¡Poetas! **(Hablandole al techo).** Padre, no quise ser como usted y mis antepasados. ¡No pude! Quise y quiero otras cosas... soy un artista y me debo al público. Tenía razón padre: usted siempre quiso para mi otro destino. Es raro... pero lo quiso. Y aquí estoy, en esta cama... con otro destino. Destino que después de fracaso tras fracaso y de medianos éxitos, comenzó con el estreno de mis *Preciosas ridículas...* ¡*Les précieuses ridicules!*

SEXTA ESCENA

18 DE NOVIEMBRE DE 1659. THÉÂTRE DU PETIT-BOURBON. ESTRENO DE *LES PRÉCIEUSES RIDICULES*.

MOLIÉRE **(Dándole indicaciones al actor que representa a Mascarilla. Tras bambalinas).**- ¡Pasión! ¡Mucha pasión! "Lo que el amor hace, él mismo lo excusa".

El actor entra a escena.

MASCARILLA (*Después de haberse atusado la cabellera y dado unos toques a sus cañones.*)- *Pues bien, señoras mías, ¿qué decís de París?*

MADELÓN.- *¡Ay! ¿Y qué podríamos decir? Habría que ser antípoda de la razón para no confesar que París es el gran mostrador de las maravillas, el centro del buen gusto, del ingenio y de la galantería.*

MASCARILLA.- *Por mi parte, afirmo que, fuera de París, no hay salvación para las personas de probidad.*

CATHOS.- *Es un verdad irrefutable.*

MASCARILLA.- *Está un poco embarrado, pero tenemos la litera.*

MADELÓN.- *En verdad que la litera es un atrincheramiento maravilloso contra las injurias del barro y del mal tiempo.*

MASCARILLA.- *¿Recibís muchas visitas? ¿Qué ingenio os frecuenta?*

MADELÓN.- *¡Ay! No somos aún conocidas; más estamos en camino de serlo, y tenemos una amiga particular que nos ha prometido aportarnos aquí todos esos señores de la Compilación de Obras Escogidas.*

CATHOS.- *Y a algunos otros que nos han mencionado también como árbitros soberanos de las bellas cosas.*

MASCARILLA.- *Yo serviré vuestros deseos mejor que nadie; todos ellos me visitan, y puedo decir que no me levanto nunca sin media docena de ingenios alrededor.*

MADELÓN.- *¡Ah, Dios mío! Os quedaremos agradecidas hasta lo sumo si nos hacéis esa merced, ya que, en fin, es preciso trabar conocimiento con todos esos señores si quiere una pertenecer al gran mundo. Ellos son los que ponen en movimiento la reputación en París, y ya sabéis que hay algunos cuyo solo trato basta para daros fama de inteligente, aunque no hubiera otra cosa. Mas, por mi*

parte, lo que pienso, especialmente, es que, por medio de esas visitas espirituales, se informa una de ciertas cosas que hay que saber necesariamente, y que son esenciales a un espíritu escogido. Con ellos se conocen a diario las pequeñas noticias galantes, las lindas relaciones en prosa y verso. Se sabe a punto fijo que aquel ha compuesto la más bella obra del mundo sobre tal tema; que tal otro ha escrito la letra de tal aire; que éste ha hecho un madrigal sobre un goce; que el de más allá ha compuesto unas estancias sobre un infidelidad; que el caballero tal escribió anoche una sextilla a la señorita cuál, cuya respuesta le ha enviado ella esta mañana alrededor de las ocho; que tal autor ha formulado tal proyecto; que aquel otro está en la tercera parte de su novela, y que éste tiene sus obras en las prensas. Eso es lo que da realce en las reuniones, y si se ignoran esas cosas, no daría yo un sueldo por el ingenio que pueda tenerse.

CATHOS.- En efecto, encuentro que es enaltecer el ridículo el que una persona se jacte de talento y no sepa hasta la menor cuarteta que hace cotidianamente; y, por mi parte, me sentiría altamente sonrojada en caso de que vinieran a preguntarme si había yo visto algo nuevo y fuera negativa mi respuesta.

MASCARILLA.- En verdad es afrentoso no ser los primeros en saber todo cuanto se hace; pero no os inquietéis: quiero fundar en vuestra casa una academia del buen tono, y os prometo que no se hará un solo verso en París que no sepáis de memoria antes que todos los demás. Por mi parte, tal como me veis, me aplico a ello un poco cuando quiero, y veréis circular por las bellas callejas de París, cual muestras de mi estilo, doscientas canciones, otros tantos sonetos, cuatrocientos epigramas y más de mil madrigales, sin contar los enigmas y los retratos.

MADELÓN.- Os confieso que me desvivo furiosamente por los retratos; no encuentro nada tan galante como eso.

MASCARILLA.- Los retratos son difíciles y requieren un profundo ingenio; y ya veréis algunos de mi estilo que no os disgustarán.

CATHOS.- Yo, por mi parte, adoro con frenesí los enigmas.

MASCARILLA.- *Eso ejercita el ingenio, y esta misma mañana he hecho cuatro, que os daré a resolver.*

MADELÓN.- *Los madrigales son agradables cuando están bien hechos.*

MASCARILLA.- *Son mi habilidad especial, y me dedico ahora a escribir en madrigales toda la historia romana.*

MADELÓN.- *¡Ah! Será realmente algo de una perfecta belleza; me reservaréis un ejemplar, cuando menos, si la hacéis imprimir.*

MASCARILLA.- *Os prometo reservároslos a cada una y de los mejor encuadernados. Ello está por debajo de mi condición; más lo hago solamente para dar a ganar a los libreros que me persiguen.*

MADELÓN.- *¡Me imagino que será un gran placer verse impreso!*

MASCARILLA.- *Sin duda. Mas, a propósito, tengo que repetiros una improvisación que hice ayer en casa de una duquesa amiga mía, a quien fui a visitar, pues soy endemoniadamente hábil en improvisaciones.*

CATHOS.- *La improvisación es precisamente la piedra de toque del ingenio.*

MASCARILLA.- *Escuchad, pues.*

MADELÓN.- *Somos todo oídos.*

MASCARILLA.-

*¡Oh, oh! No estaba atento;
mientras os miro, sin vil pensamiento,
vuestrós ojos, furtivos, róbame el corazón.
¡Al ladrón, al ladrón, al ladrón, al ladrón!*

CATHOS.- *¡Ah, Dios mío! Es llegar al más alto grado de la galantería.*

MASCARILLA.- *Todo cuanto hago tiene un aire de soltura; no huele a pedante.*

MADELÓN.- *Está a más de dos mil leguas de ello.*

MASCARILLA.- *¿Habéis observado ese principio? ¡Oh, oh! Es extraordinario. ¡Oh, oh! como un hombre que cae de pronto en la cuenta. ¡Oh, oh! Es la sorpresa, ¡Oh, oh!*

MADELÓN.- *Sí; encuentro admirable ese ¡oh, oh!*

MASCARILLA.- *Parece que no es nada.*

CATHOS.- *¡Ah, Dios mío! ¿qué decís? Estas son cosas que no tienen precio.*

MADELÓN.- *Sin duda, y mejor preferiría haber hecho es «¡oh, oh!» que un poema épico.*

MASCARILLA.- *¡Voto a bríos! Tenéis un gusto excelente.*

MADELÓN.- *¡Vaya! No lo tengo del todo malo.*

MASCARILLA.- *Pero ¿no admiráis también ese «no estaba atento», «no estaba atento», no lo advertía? Manera natural de hablar; «no estaba atento, mientras os miro, sin vil pensamiento», mientras inocentemente, sin malicia ni impureza, como un pobre carnero «os miro», es decir, me complazco en contemplaros, os observo, os examino; «vuestrós ojos, furtivos...» ¿Qué os parece esa palabra «furtivos»? ¿No está bien escogida?*

CATHOS.- *Perfectamente bien.*

MASCARILLA.- *«Furtivos», es decir, obrando a escondidas; parece como si fuera una gato que acaba de coger un ratón; «furtivos»...*

MADELÓN.- *No puede haber nada mejor.*

MASCARILLA.- *«Róbanme el corazón». Me lo arrebatan, me lo quitan. «¡Al ladrón, al ladrón, al ladrón, al ladrón!»*

MADELÓN.- *Preciso es confesar que eso tiene un tono espiritual y galante.*

MASCARILLA.- *Quiero repetiros el aria que he compuesto sobre eso.*

CATHOS.- *¿Habéis aprendido música?*

MASCARILLA.- *¿Yo? En absoluto.*

CATHOS.- *¿Y cómo puede realizarse eso?*

MASCARILLA.- *La gente de calidad lo sabe todo sin haber aprendido nunca nada.*

MADELÓN.- *Seguramente, querido.*

MASCARILLA.- *Escuchad, a ver si el aria es de vuestro agrado: «¡Tra, lara, la, lala, la!» La brutalidad de la estación ha ultrajado furiosamente la delicadeza de mi voz, mas no importa; tarareo a la soldadesca. **(Canta.)** «¡Oh, oh! No estaba atento...»*

CATHOS.- *¡Ah!, aya un aria apasionada. ¿No provoca la muerte?*

MADELÓN.- *Hay cromatismo en eso.*

MASCARILLA.- *¿No encontráis bien expresado el pensamiento en la canción? «¡Al ladrón!...» Y luego, como si se gritara muy fuerte: «Al, al, al, al, al ladrón». Y súbitamente, como una persona sin aliento: «¡Al ladrón!».*

MADELÓN.- *Eso es saber la entraña de las cosas, la verdadera entraña, la entraña de la entraña. Todo es maravilloso, os lo aseguro; me entusiasman el aria y la letra.*

CATHOS.- *No he visto nunca nada de tal vigor.*

MASCARILLA.- *Todo cuanto hago se me ocurre espontáneamente, sin estudio.*

MADELÓN.- *La Naturaleza os ha tratado como una verdadera madre apasionada, y sois su hijo mimado.*

MASCARILLA.- *¿En qué empleáis el tiempo?*

CATHOS.- *En nada absolutamente.*

MADLÓN.- Hemos estado hasta ahora en un ayuno espantoso de diversiones.

MASCARILLA.- Me ofrezco para llevaros uno de estos días a la comedia, si queréis, ya que van a representar una nueva, y me agradecería que la viésemos juntos.

MADLÓN.- No podemos negarnos.

MASCARILLA.- Mas os pido que aplaudáis como es debido cuando estemos allí, pues me he comprometido a hacer triunfar la obra, y el autor ha venido a rogármelo esta misma mañana. Es costumbre aquí que vengan los autores a nosotros, las personas de calidad, a leernos sus obras nuevas y a conseguirles fama, ¡y ya podéis imaginaros si, cuando decimos nosotros algo, se atreve el patio a contradecirnos! Por mi parte, soy muy cumplidor, y cuando prometo a algún poeta, grito siempre: «¡Esto es hermoso!», antes que estén encendidas las candilejas.

MADLÓN.- No tenéis que decírmelo. París es un lugar admirable. Pasan en él, a diario, cien cosas que se ignoran en provincias por muy espiritual que pueda uno ser.

CATHOS.- Con esto basta; y que estamos enteradas, será un deber nuestro alzar la voz como es debido ante todo lo que digan.

MASCARILLA.- No sé si me equivocaré; más tenéis todo el aspecto de haber hecho alguna comedia.

MADLÓN.- ¡Bah! Pudiera ocurrir algo de lo que decís.

MASCARILLA.- ¡Ah!, a fe mía. Habrá que verla. Entre nosotros, he escrito una que quiero hacer representar.

CATHOS.- ¡Vaya! ¿Y a qué comediantes la entregaréis?

MASCARILLA.- ¡Linda pregunta! A los grandes comediantes; solo ellos son capaces de dar valor a las cosas; los otros son unos ignorantes, que recitan como si hablasen; no saben hacer sonar los versos y detenerse en el buen momento. ¿Y

cómo se podría saber dónde se halla el bello verso, si el comediante no se detiene en él y no nos advierte así que hay que provocar el murmullo?

CATHOS.- En efecto, hay maneras de hacer percibir a los oyentes las bellezas de una obra, y las cosas solo valen lo que se las hace valer.

MASCARILLA.- ¿Qué os parecen estas prendas menores? ¿Las encontráis congruentes con el traje?

CATHOS.- Por completo.

MASCARILLA.- ¿Está bien escogida la cinta?

MADELÓN.- Furiosamente bien. Es puro Perdrigeon.

MASCARILLA.- ¿Qué decís de mi encañonado?

MADELÓN.- Tiene un aspecto soberbio.

MASCARILLA.- Puedo alabarme al menos de que tiene una cuarta larga más que todos los que se fabrican.

MADELÓN.- Hay que confesar que no he visto nunca llevar a tan alto grado la elegancia del atavío.

MASCARILLA.- Fijad un poco en estos guantes la reflexión de vuestro olfato.

MADELÓN.- Huelen rabiosamente bien.

CATHOS.- No he respirado nunca un olor tan bien acondicionado.

*MASCARILLA.- ¿Y éste? **(Da a oler sus cabellos.)***

MADELÓN.- Es de verdadera calidad: lo sublime se siente deliciosamente afectado por él.

MASCARILLA.- ¿No me decís nada de mis plumas? ¿Cómo las encontráis?

CATHOS.- *Espantosamente bellas.*

MASCARILLA.- *¿No sabéis que me cuesta un Luis de oro cada pluma? Tengo la manía de proveerme generalmente de todo lo más bello.*

MADELÓN.- *Os aseguro que simpatizamos vos y yo. Tengo una delicadeza furiosa por todo lo que uso; y desde mi pelo hasta mis calcetines, no puedo tolerar nada que no provenga de una mano maestra.*

MASCARILLA.- **(Con bruscas exclamaciones.)** *¡Ay, ay, ay! ¡Con cuidado! ¡Maldita sea! Señoras mías, está muy mal tratar así; tengo que quejarme de vuestro proceder, no es honrado.*

CATHOS.- *¿Qué sucede? ¿Qué os pasa?*

MASCARILLA.- *¡Cómo! ¡Las dos al mismo tiempo contra mi corazón! ¡Atacadme a derecha y a izquierda! ¡Ah! Eso es opuesto al derecho de gentes; no es igual la partida, y voy a gritar que me matan.*

CATHOS.- *Hay que confesar que dice las cosas de una manera especial.*

MADELÓN.- *Tiene un estilo de una expresión admirable.*

CATHOS.- *Sentís más miedo que daño, y vuestro corazón grita antes de que lo destrocen.*

MASCARILLA.- *¡Cómo, diablo!... Está destrozado desde la cabeza a los pies...*

SÉPTIMA ESCENA

16 DE FEBRERO DE 1673. HABITACIÓN DE MOLIÉRE.

MOLIÉRE.- *Todo hombre tiene un inicio y un final... El inicio de un hombre no está al nacer. Hay hombres que nacieron y nunca iniciaron nada... Así hay también finales. Hay hombres que sin haber muerto se les terminó la vida. **(Pausa)**. Ya lo*

que suceda en el transcurso de su vida no importa tanto. Mi gran inicio lo marcó *Las preciosas ridículas... Les précieuses ridicules*. Y mi gran final es este... en esta cama... O quizás mañana en escena con mi último texto escrito e interpretado *El enfermo imaginario... Le Malade imaginaire*. Y en ese transcurrir de la vida que no importa nada se encuentra uno en una fiesta de máscaras. Congelando emociones... siendo lo que no se es... Así, como lo es la comedia. Y pensar que tuve fracaso tras fracaso por empeñarme en hacer tragedias... y lo que no saben es que la comedia es la tragedia disfrazada de todo hombre... Mis picaros Jodelet y Mascarilla lo hacen muy bien con esas provincianas preciosas y ridículas. Se burlan tanto de nuestras apariencias que luego, los que se burlan, terminan desnudos por ellas. Y es que *así es el mundo, la menor desgracia hace que nos desprecien aquellos que nos querían. Vamos, camarada; vamos a buscar fortuna a otra parte; bien veo que aquí no se ama más que la vana apariencia, y que no se considera nada a la virtud totalmente desnuda.* **(Entra la Mujer de Molière).**

MUJER DE MOLIÉRE.- Querido, ¿aún despierto? Que ya es pasada la medianoche y debes descansar.

MOLIÉRE.- Que no se puede descansar...

MUJER DE MOLIÉRE.- ¡Debes!

MOLIÉRE.- Ya me matan los deberes...

MUJER DE MOLIÉRE.- Ya, querido... No quieres tomar tus medicinas... No quieres descansar... ¡Te estas lanzando a los brazos de la muerte!

MOLIÉRE **(Ríe)**.- Y la muy perra me deja caer de sus brazos. ¡Ni ella me quiere!

MUJER DE MOLIÉRE.- Mañana tienes otra de tus representaciones... **(Una pausa larga. Se ven por unos cuantos minutos. Molière se acuesta. Ella apaga las luces de las velas que iluminaban la habitación, luego sale de la habitación. Todo queda a oscuras. Molière cierra los ojos. Se dispone a dormir. Sueña. En el sueño se ve él mismo actuando, escribiendo... en fin, creando).**

NOTA PARA LA PUESTA EN ESCENA: A PARTIR DE ESTE MOMENTO NO HAY ESPACIO NI TIEMPO CONCRETO. TODO TRANSCURRE EN LA MENTE DE MOLIÉRE. ES UN SUEÑO EN EL QUE ÉL MISMO SE VE SOÑANDO, EVOCANDO EL RECUERDO DE MOMENTOS DE SU VIDA. HABRÁ RÁFAGAS DE ESCENAS EN EL QUE ÉL, SOÑANDO, UBICA UN TIEMPO Y UN “ESPACIO REAL”. HABRÁ OTRAS ESCENAS DONDE TODO SERÁ BLANCO O NEGRO.

OCTAVA ESCENA

“TIEMPO Y ESPACIO REAL”. MAYO DE 1664.

**REPRESENTACIONES DE *TARTUFO, LE TARTUFFE OU L'IMPOSTEUR*.
TEATRO DEL PALAIS ROYAL.**

ESCENA CUARTA DE TARTUFO

Elmira y Orgón.

ELMIRA.- Acerquemos esta mesa, y métete debajo de ella.

ORGÓN.- ¿Cómo?

ELMIRA.- Tienes que esconderte bien.

ORGÓN.- ¿Y por qué debajo de la mesa?

ELMIRA.- ¡Ay, Dios mío! Déjame hacer a mí. Tengo una idea, que muy pronto verás. Métete ahí, te digo, y cuando estés debajo, procura que no se te vea ni se te oiga.

ORGÓN.- Admito que lo hago complacido, pero quiero ver cómo sales de esta empresa.

ELMIRA.- Creo que no tendrás que echarme nada en cara. Pero voy a hacer algo muy singular, de modo que no te escandalices. Diga lo que diga, me lo has de permitir, puesto que lo hago para convencerte como te he prometido. Voy a recurrir a la dulzura, ya que no tengo otro medio de desenmascarar a esa alma hipócrita, halagando sus desvergonzadas ansias amorosas y dando rienda suelta a su osadía. Como voy a fingir que correspondo a sus deseos, para engañarle mejor, y como esto lo hago sólo por ti, daré por terminada la escena cuando tú lo decidas y las cosas no irán más allá de donde tú quieras. A ti te corresponde detener su insensata pasión cuando creas que las cosas han llegado ya a su justo límite. Evítale a tu esposa un sonrojo mayor y no me expongas más que lo preciso para que te desengañes. Se trata de tus intereses; cuida de ellos como dueño suyo que eres... Ahí llega. Ocúltate bien y procura que no se te vea.

ESCENA QUINTA

Tartufo, Elmira y Orgón (Escondido).

TARTUFO (Interpretado por Molière).- Me han dicho que viniera aquí porque queríais hablarme.

ELMIRA.- Tengo que revelaros un secreto. Pero cerrad esa puerta antes de que empecemos a hablar y mirad bien por todas partes no sea que alguien nos sorprenda. No nos interesa de ninguna manera que se vuelva a producir un incidente como el de antes. Nunca me había llevado una sorpresa tan grande. Damis me ha dado un buen susto por culpa vuestra, y, como visteis, meforcé todo lo que pude para impedir que pusiera en práctica su idea y para calmar su irritación. La verdad es que he sentido tal turbación que no se me ha ocurrido desmentirle; pero precisamente por eso, gracias a Dios, todo ha salido a pedir de boca y el asunto ha quedado zanjado. La estima en que se os tiene ha disipado la tormenta y mi marido no puede sospechar de vos. Para afrontar mejor el escándalo de los murmuradores, quiere que estemos siempre juntos; y ésta es la razón de que pueda estar aquí con vos a solas, sin temor a las críticas, y de que os pueda abrir mi corazón, tal vez demasiado dispuesto a aceptar vuestras ansias.

TARTUFO.- Señora, me resulta muy difícil de entender ese lenguaje, pues habláis de una forma muy distinta a la de antes.

ELMIRA.- ¡Qué mal conocéis el corazón de una mujer, si os habéis molestado por mi primera negativa! ¡Qué poco sabéis lo que quiere manifestar cuando se defiende de una forma tan débil! En tales momentos, nuestro pudor impide siempre tenazmente que se nos atribuyan sentimientos de ternura. Por muy justificado que esté el amor que nos domina, siempre nos dará cierta vergüenza confesarlo. Empezamos defendiéndonos de él; pero la actitud que para ello adoptamos revela a las claras que nuestro corazón se ha rendido; que nuestros labios se oponen a nuestros deseos por respeto al honor; y que estas negativas están realmente prometiéndolo todo. Os estoy haciendo, sin duda, una confesión bastante libre, y no me estoy preocupando nada de mi pudor; pero, como ya está dicho, ¿me habría esforzado en retener a Damis, habría escuchado, insisto, con tanto cariño y del principio al fin el ofrecimiento de vuestro amor habría tomado la cosa como lo he hecho, si vuestra declaración no me hubiera complacido? Y cuando yo misma os he insistido en que rehusarais casaros con mi hijastra, ¿qué creíais que estaba pretendiendo? ¿No comprendéis que estoy interesada por vos y que sufriría mucho si, como consecuencia de vuestra boda, tuviera que compartir un corazón que yo deseo entero?

TARTUFO.- Qué duda cabe, señora, que produce una alegría extrema escuchar estas cosas de unos labios amados; su miel hace que corra por todos mis sentidos una dulzura que nunca había probado. No tengo otro fin que la dicha de poder agradaros, y mi alma se esponja de alegría ante vuestros suspiros. Pero este corazón os pide también que le concedáis la libertad de atreverse a dudar un poco de su gozo. Podría pensar que estas palabras vuestras son una trampa para hacer que deshaga la boda que se ha anunciado; y, si he de ser franco, no me fiaré de expresiones tan dulces hasta quedar convencido mediante la concesión de alguno de esos pequeños favores vuestros por los que tanto suspiro. Sólo eso sembrará en mi alma una sólida fe en las encantadoras bondades que me estáis dispensando.

ELMIRA (Tras haber tosido para advertir a su marido).- Pero ¿cómo? ¿Queréis ir tan deprisa y agotar, ya desde el principio, toda la ternura de un corazón? Me he violentado haciéndoos la más dulce de las confesiones, y ahora veo que eso no es suficiente. ¿He de concederos hasta los últimos favores para que así os sintáis satisfecho?

TARTUFO.- Cuanto menos merecedores somos de un bien, menos nos atrevemos a esperararlo. Mis deseos temen fiarse demasiado de vuestras palabras. Es natural que recele de una suerte tan gloriosa y que quiera disfrutarla antes de creer que puedo hacerlo. Me creo tan poco merecedor de vuestras bondades, que dudo del éxito de mi temeridad; y no creeré, señora, en nada si antes no lo convertís en realidad para convencer a mi pasión.

ELMIRA.- ¡Dios mío! ¡Vuestro amor se comporta de una forma despótica! ¡Qué extraña intranquilidad comunica a mi alma! ¡Qué imperio furioso ejerce sobre los corazones! ¡Con qué violencia exige lo que desea! ¿Cómo? ¿No me es posible defenderme de vuestro acoso, y no me dais tiempo ni de respirar? ¿Es lícito demostrar un rigor tan extremo, querer a sangre y fuego las cosas que se piden, y abusar así, con vuestros esfuerzos apremiantes, de la debilidad que sabéis que alguien siente por vos?

TARTUFO.- Pero si miráis con benevolencia mis homenajes, ¿por qué me habéis de negar unas pruebas reales?

ELMIRA.- ¿Pero cómo atender a vuestra petición sin ofender a ese Cielo del que siempre habláis?

TARTUFO.- Si es tan sólo el Cielo el que se opone a nuestro amor, bien poca cosa es para mí suprimir ese obstáculo, que no debe reprimir vuestro corazón.

ELMIRA.- Pero, ¡nos asustan tanto con los castigos del Cielo!

TARTUFO.- Yo puedo conseguir que se disipen en vos esos ridículos temores, pues conozco la forma de suprimir los obstáculos, señora. Es cierto que el Cielo prohíbe

determinados placeres; pero podemos estar en paz con él. De acuerdo con las diversas necesidades, existe la ciencia de saber aflojar las ligaduras de nuestra conciencia y de rectificar las malas acciones con la pureza de nuestra intención. Ya os revelaré yo; señora, todos estos secretos; no tenéis más que dejaros guiar; satisfaced mis deseos y no sintáis temor. Yo respondo de todo y asumo la culpa por entero. **(Elmira vuelve a toser)**. Estáis tosiendo mucho, señora.

ELMIRA.- Sí, y es muy molesto.

TARTUFO.- ¿Queréis un trozo de regaliz?

ELMIRA.- Es un constipado muy persistente. Creo que no me libraré de él aunque tomara todo el jugo de regaliz que hay en el mundo.

TARTUFO.- Es realmente molesto.

ELMIRA.- Sí, no os lo podéis imaginar.

TARTUFO.- En fin; vuestros escrúpulos son fáciles de disipar. Podéis estar segura del secreto más absoluto; y todo el mal de algo se reduce al escándalo que puede originar. El escándalo público es lo que constituye el delito. No comete pecado quien lo hace en silencio.

ELMIRA **(Tras haber tosido otra vez)**.- En fin, veo que no tengo otra alternativa que ceder a vuestros deseos, que es preciso que lo consienta todo, ya que, si no lo hago, no puedo pretender que vuestras ansias queden satisfechas y que se dignen rendirse. No hay duda de que resulta enojoso llegar a tal extremo, y con gran pesar mío traspaso ese límite. Pero ya que os obstináis en obligarme a ello y que deseáis una prueba convincente, no puedo hacer más que decidirme y contentaros. Si este consentimiento implica algún pecado, tanto peor para quien me fuerza a violentarme así. Es evidente que no seré yo la culpable.

TARTUFO.- Claro, señora; yo asumo esa culpa, y la cosa en sí...

ELMIRA.- Entreabrid esa puerta y mirad, por favor, no vaya a ser que esté mi marido por esa galería.

TARTUFO.- ¿Es necesario que os toméis por él tantos cuidados? Aquí entre nosotros, es un hombre más fácil de llevar que un borrego. Alaba cuanto digo, y le he puesto en situación de verlo todo y de no creer en nada.

ELMIRA.- No importa; salid un momento, por favor; y mirad por ahí fuera, revisando todos los rincones.

ESCENA SEXTA

Orgón y Elmira.

ORGÓN (Saliedo de debajo de la mesa).- ¡Qué hombre más abominable! ¡Lo reconozco! Me cuesta trabajo creerlo. Todo esto me ha dejado aturdido.

ELMIRA.- ¿Cómo? ¿Sales tan pronto? Te ríes de la gente. Vuelve a tu sitio, que aún no ha llegado el momento. Espera hasta el final, y lo verás todo con certeza. No te dejes llevar de simples conjeturas.

ORGÓN.- No; nunca ha salido del infierno nada más maligno.

ELMIRA.- ¡Dios mío! No debes dejarte convencer tan a la ligera. Deja que yo te convenza bien antes de que des tu brazo a torcer. No tengas prisa, no vaya a ser que te equivoques... (Elmira hace que su marido se sitúe detrás de ella).

ESCENA SÉPTIMA

Tartufo, Elmira y Orgón.

TARTUFO.- Todo conspira, señora, en favor de mi gozo. He examinado bien todo ese aposento; no hay nadie en él, y mi alma arrebatada... (Al ir a abrazar a Elmira, ésta se aparta y Tartufo queda frente a Orgón).

ORGÓN (Deteniendo a Tartufo).- ¡Más despacio! Os dejáis impulsar demasiado por vuestras ansias amorosas, y no debéis apasionaros tanto. ¡Vaya, vaya! ¿De modo que el hombre de bien pretendía engañarme? ¿Cómo es posible que vuestra alma caiga así en la tentación? Os casáis con mi hija, y a la que deseáis ardientemente es a mi esposa. He estado dudando mucho de que esto fuera cierto, y siempre he creído que estaban desfigurando la realidad. Pero esto es llevar las cosas demasiado lejos. A las pruebas me remito; y, por mi parte, ya son suficientes.

ELMIRA (A Tartufo).- He hecho todo esto en contra de mi voluntad, pero no me han dejado otra alternativa que trataros así.

TARTUFO (A Orgón).- Pero ¿cómo? ¿Es que creéis que...?

ORGÓN.- Vamos, no voceéis, por favor. Las cosas están claras y no hace falta darles más rodeos.

TARTUFO.- Yo tenía la intención de...

ORGÓN.- No es éste el momento de explicar nada. Salid inmediatamente de esta casa.

TARTUFO.- Aunque habléis como el dueño, sois vos el que debe salir. La casa me pertenece; lo haré valer, y os demostraré que es inútil que recurráis a cobardes subterfugios para querellarme. No vais a conseguir nada insultándome. Tengo medios de confundir y de castigar esta impostura, de vengar al Cielo ofendido, y de hacer que se arrepientan todos los que ahora tratan de expulsarme de esta casa.

ESCENA OCTAVA

Elmira y Orgón.

ELMIRA.- ¿Qué significan esas palabras? ¿Qué quiere decir?

ORGÓN.- Estoy muy confuso; no es momento de bromas.

ELMIRA.- ¿Cómo?

ORGÓN.- *Yo tengo la culpa de lo que dice. La donación que le he hecho me está turbando el alma.*

ELMIRA.- *¿La donación...?*

ORGÓN.- *Sí, es un trato hecho. Pero hay otra cosa que todavía me preocupa más.*

ELMIRA.- *¿Qué es?*

ORGÓN.- *Ya lo sabrás todo. Pero ahora subamos en seguida para ver si aún está arriba cierto cofrecillo.*

NOVENA ESCENA

“TODO ES BLANCO”. MOLIÉRE SE VE SOÑANDO EN SU CAMA.

MOLIÉRE.- *Y ahí estaba yo... en una pésima representación de Tartufo. Aunque recibí tantos aplausos, ese día el espíritu de Tartufo no me bajó... ¡No me poseyó! (Regio). Como me encantaría que la gente sea sincera; un hombre de honor no debería decir una sola palabra que no provenga directamente de su corazón. Todas las sátiras del escenario deben verse sin incomodidad. Son espejos públicos, donde nunca debemos admitir que nos vemos a nosotros mismos; uno admite una falla cuando uno se escandaliza por su censura. (Ríe). No hay destino más angustioso para un artista que tener que mostrarse ante los tontos, ver su obra expuesta a la crítica del vulgo e ignorante.*

DÉCIMA ESCENA

“ENERO DE 1665”. SE REPRESENTA DON JUAN. LO INTERPRETA MOLIÉRE.

Escena II del Acto Quinto

DON JUAN y SGANARELLE

SGANARELLE.- ¡Ah, señor, cuánta alegría siento al veros arrepentido! Hace largo tiempo que lo esperaba, y he aquí, merced al Cielo, todos mis deseos satisfechos.

DON JUAN.- ¡Mal haya el necio!

SGANARELLE.- ¿Cómo el necio?

DON JUAN.- ¡Vaya! ¿Has tomado por cierto lo que acabo de decir y crees que mi boca estaba de acuerdo con mi corazón?

SGANARELLE.- ¡Cómo! ¿No es...? ¿Vos no...? ¿Vuestro...? **(Aparte)**. ¡Oh, qué hombre; qué hombre; qué hombre!

DON JUAN.- No, no; no he cambiado; mis sentimientos siguen siendo los mismos.

SGANARELLE.- ¿No os rendís ante la pasmosa maravilla de esa estatua movable y parlante?

DON JUAN.- Hay algo en eso que no comprendo; más, sea lo que fuere, eso no es capaz de convencer mi espíritu ni conmover mi alma; y si he dicho que quería enmendar mi conducta y hacer una vida ejemplar, es un propósito que he forjado por mera política, una estratagema útil, un gesto necesario a que quiero obligarme para contentar a un padre a quien necesito y ponerme a cubierto, por parte de los hombres, de cien enojosas aventuras que pudieran ocurrirme. Quiero confesarlo Sganarelle, y me agrada tener un testigo del fondo de mi alma y de los verdaderos motivos que me obligan a hacer las cosas.

SGANARELLE.- ¡Cómo! ¿No creéis en nada absolutamente y queréis, sin embargo, elegirlos en hombre de bien?

DON JUAN.- ¿Y por qué no? ¡Hay tantos como yo que se dedican a ese oficio y que utilizan la misma máscara para engañar al mundo!

SGANARELLE.- ¡Ah, qué hombre, qué hombre!

DON JUAN.- No existe vergüenza ahora en eso; la hipocresía es un vicio de moda, y todos los vicios de moda se consideran virtudes. El personaje «hombre de bien» es el mejor de todos los personajes que pueden representarse. Hoy en día la profesión de hipócrita posee ventajas maravillosas. Es un arte cuya impostura es siempre respetada, y aunque la descubran, no se atreven decir nada en contra de ella. Todos los demás vicios de los hombres están expuestos a censuras, y cada cual tiene libertad para hacerlos abiertamente; más la hipocresía es un vicio privilegiado que, con su mano, cierra la boca de todo el mundo y goza descansadamente de una soberana impunidad. Forma uno, a fuerza de muecas, una estrecha agrupación con todos los miembros del partido. Quien ofende a uno, los tiene a todos encima; e incluso aquellos que se sabe que obran de buena fe y que a todos les consta que están realmente convertidos, éstos, repito, son siempre víctimas de los otros; caen ingenuamente en el lazo de los hipócritas y apoyan ciegamente a los menos con sus actos. ¡Cuántos, puedes creerme, conozco, que, por medio de esa estratagema, han enmendado hábilmente los desórdenes de su juventud y que, utilizando como escudo el manto de la religión, disfrutan, bajo esa vestidura respetada, la licencia para ser los hombres más perversos del mundo! Por mucho que se conozcan sus intrigas y lo que ellos son, no dejan por eso de tener crédito entre la gente, y cualquier inclinación de cabeza, un suspiro apenado y unos ojos en blanco compensan, ante el mundo, todo cuanto puedan hacer. Bajo ese cobijo favorable quiero salvarme y tener mis asuntos en seguridad. No abandonaré mis gratas costumbres; más tendré buen cuidado en ocultarme y me divertiré sin ostentación. Pues si llegan a descubrirme, veré, sin moverme, cómo se ocupa esa partida de mis intereses, y ella me defenderá ante todo y contra todos. En fin, éste será el verdadero medio de hacer impunemente todo cuanto quiera. Me erigiré en censor de las acciones ajenas, juzgaré mal a todo el mundo y no tendré buena opinión más que de mí. No bien me hayan ofendido, por levemente que sea, no perdonaré nunca y conservaré, con toda suavidad, un odio irreconciliable. Me constituiré en vengador de los intereses divinos; y con ese pretexto cómodo perseguiré a mis enemigos, los acusaré de impiedad y sabré desencadenar contra ellos a unos fervientes indiscretos, quiénes, sin conocimiento de causa, los

apostrofarán en público, llenándoles de injurias y condenándolos abiertamente con su autoridad privada. Así es como hay que aprovecharse de las flaquezas humanas, así debe acomodarse todo espíritu sabio a los vicios de su siglo.

SGANARELLE.- ¡Oh, Cielo! ¿Qué oigo? ¡No os faltaba más que ser hipócrita para consumir totalmente vuestra ruina! Esto es el colmo de las abominaciones. Señor, esta última me desquicia y no puedo dejar de hablar. Haced conmigo lo que se os antoje; pegadme, moledme a golpes, matadme si queréis; necesito descargar mi corazón y, como fiel criado, deciros lo que debo. Sabed, señor, que tanto va el cántaro a la fuente, que al fin se rompe, y, como dice muy bien ese autor que no conozco, el hombre es, en este mundo, como el pájaro en la rama; la rama está ligada al árbol; quien se liga al árbol sigue buenos preceptos; los buenos preceptos valen más que las bellas palabras; las bellas palabras se hallan en la corte; en la corte están los cortesanos; los cortesanos siguen la moda; la moda dimana de la fantasía; la fantasía es una facultad del alma; el alma es lo que nos da la vida; la vida termina con la muerte; la muerte nos hace pensar en el cielo; el cielo está encima de la tierra; la tierra no es el mar; el mar está sujeto a borrascas; las borrascas atormentan a los navíos; los navíos requieren un buen piloto; un buen piloto tiene prudencia; la prudencia no está en los jóvenes; los jóvenes deben obediencia a los viejos; los viejos aman las riquezas; las riquezas hacen los ricos; los ricos no son pobres; los pobres tienen necesidad; la necesidad no tiene ley; quien no tiene ley vive como una bestia; y, por consiguiente, seréis condenado a todos los diablos.

DON JUAN.- ¡Oh, qué bello razonamiento!

SGANARELLE.- Después de todo, si no os rendís, peor para vos.

Escena III

DON CARLOS, DON JUAN y SGANARELLE

DON CARLOS.- Don Juan, os encuentro oportunamente, y me complace hablaros aquí mejor que en vuestra morada para preguntaros vuestra decisión. Ya sabéis

que esta cuestión me concierne y que me he encargado, en vuestra presencia, de este negocio. Por mi parte, no lo oculto, deseo fervientemente que las cosas se arreglen pacíficamente, y nada hay que yo no haga por inducir a vuestro espíritu a tomar ese camino y por veros confirmar públicamente a mi hermana el nombre de esposa.

DON JUAN (Con tono hipócrita).- ¡Ay! Quisiera de todo corazón daros la satisfacción que anheláis; más el Cielo se opone a ello terminantemente; ha inspirado a mi alma el deseo de cambiar de vida, y no tengo más pensamiento ahora que abandonar por completo todas las ataduras del mundo, desprenderme lo antes posible de toda clase de vanidades y corregir en lo sucesivo, con una austera conducta, todos los desórdenes criminales a que me ha llevado la fogosidad de una ciega juventud.

DON CARLOS.- Ese deseo, don Juan, no me sorprende en modo alguno; y la compañía de una esposa legítima puede acomodaros muy bien con los pensamientos loables que el Cielo inspira.

DON JUAN.- ¡Ay! Nada de eso. Es un propósito que ha adoptado vuestra propia hermana: ha decidido retirarse a un convento, y nos ha tocado a los dos a un mismo tiempo la gracia divina.

DON CARLOS.- Su retiro no nos satisface, ya que podía imputarse al desprecio en que la tendríais a ella y a nuestra familia, y nuestro honor exige que viva con vos..

DON JUAN.- Os aseguro que eso es imposible. Tenía yo, por mi parte, los mejores deseos del mundo, y he pedido consejo hoy mismo, incluso al Cielo, para ello; más, al consultarle, he oído una voz que me ha dicho que no debía pensar para nada en vuestra hermana y que, con ella, no obtendría, seguramente, mi salvación.

DON CARLOS.- ¿Creéis, don Juan, que vais a deslumbrarnos con esas bellas disculpas?

DON JUAN.- Obedezco la voz del Cielo.

DON CARLOS.- ¡Cómo! ¿Queréis que me dé por satisfecho con semejante discurso?

DON JUAN.- El Cielo es quien lo quiere así.

DON CARLOS.- ¿Habéis hecho salir a mi hermana de un convento para abandonarla después?

DON JUAN.- El Cielo lo ordena de tal suerte.

DON CARLOS.- ¿Vamos a soportar esa mancha en nuestra familia?

DON JUAN.- Imputádselo al Cielo.

DON CARLOS.- ¿Eh? ¡Cómo! ¡Siempre el Cielo!

DON JUAN.- El Cielo lo quiere así.

DON CARLOS.- Basta, don Juan; ya os entiendo. No es aquí donde quiero interpelaros; el sitio no lo permite, más dentro de poco sabré encontraros.

DON JUAN.- Haced lo que queráis. Ya sabéis que no me falta corazón y que sé manejar mi espada como es debido. Pasaré, de aquí a un rato, por esa calleja apartada que lleva al gran convento; más os declaro, por mi parte, que no soy yo quien quiere batirse: el Cielo me prohíbe pensar en eso, y si me atacáis, ya veremos lo que sucede.

DON CARLOS.- Ya lo veremos, en efecto; ya lo veremos.

Escena IV

DON JUAN y SGANARELLE

SGANARELLE.- Señor, ¿qué diablo de estilo empleáis? Esto es mucho peor que lo demás, y os prefería tal como erais antes. Confiaba siempre en vuestra salvación; más ahora es cuando he perdido la esperanza, y creo que el Cielo, que os ha soportado hasta aquí, no podrá tolerar en absoluto esta última iniquidad.

DON JUAN.- ¡Bah, bah! El Cielo no es tan riguroso como piensas; si cada vez que los hombres....

SGANARELLE.- ¡Ah! Señor, es el cielo que habla, y es una opinión que él le da...

DON JUAN.- Si el cielo me da una opinión, él debe hablar un poco más claramente, si quiere que lo entienda.

Escena V

DON JUAN, SGANARELLE y un ESPECTRO en forma de mujer velada

SGANARELLE (Viendo el ESPECTRO).- ¡Ah, señor! Es el Cielo quien os habla y os envía un aviso.

DON JUAN.- Si el Cielo me envía un aviso, tiene que hablar con más claridad si quiere que lo entienda.

ESPECTRO.- Don Juan no tiene más que un instante para poder alcanzar la misericordia divina, y si no se arrepiente ahora, está decidida su condenación.

DON JUAN.- ¿Cómo se atreve a proferir esas palabra? Creo conocer esa voz.

SGANARELLE.- ¡Ah, señor! Es un espectro; lo reconozco por su andar.

DON JUAN.- Espectro, fantasma o diablo, quiero saber lo que es (EI ESPECTRO cambia de figura y representa a la MUERTE, con la guadaña en la mano).

SGANARELLE.- ¡Oh, Cielo! ¿No veis, señor, este cambio de figura?

DON JUAN.- No, no; nada es capaz de causarme pavor, y quiero averiguar con mi espada si es un cuerpo o u espíritu (EI ESPECTRO se disipa al intentar DON JUAN acometerle).

SGANARELLE.- ¡Ah, señor! Rendíos ante tantas pruebas y entregaos prontamente al arrepentimiento.

DON JUAN.- No, no; no se dirá, suceda lo que quiera, que soy capaz de arrepentirme. Vamos, sígueme.

Escena VI

La ESTATUA DEL COMENDADOR, DON JUAN y SGANARELLE

ESTATUA DEL COMENDADOR.- Deteneos, Don Juan. Me disteis palabra anoche de cenar conmigo.

DON JUAN.- Sí. ¿Adónde hay que ir?

ESTATUA DEL COMENDADOR.- Dadme la mano.

DON JUAN.- Aquí está.

ESTATUA DEL COMENDADOR.- Don Juan, la persistencia en el pecado acarrea una muerte funesta, y el perdón del Cielo que se rechaza abre camino a su fulminación.

DON JUAN.- ¡Oh, cielos! ¿Qué siento? ¡Un fuego invisible me abrasa: ¡no puedo ya soportarlo, y todo mi cuerpo es una ardiente hoguera! ¡Ah! (Cae un rayo con estruendo entre relámpagos sobre

DON JUAN.- Ábrase la tierra y se lo traga, y brotan altas llamaradas del sitio por donde ha caído.

SGANARELLE (Solo).- ¡Ah, mi salario, mi salario! He aquí a todos ya satisfechos con su muerte. Cielo ofendido, leyes violadas, jóvenes seducidas, familias deshonradas, padres ultrajados, mujeres engañadas, maridos burlados: todo el mundo queda contento; el único desdichado soy yo. ¡Mi salario, mi salario, mi salario!

UNDÉCIMA ESCENA

“TODO ES NEGRO”. MOLIÉRE SE VE SOÑANDO EN SU CAMA.

MOLIÉRE (**Viéndose en el sueño**).- *¡Qué! ¿No harías distinción entre hipocresía y devoción? ¿Les darías los mismos nombres y respetarías la máscara como lo haces con la cara? ¿Igualarías el artificio y la sinceridad? ¿Confundes la apariencia con la verdad? ¿Consideras al fantasma como la persona misma? ¿Valoras la falsificación como efectivo? Quiero ser distinguido del resto; a decir verdad, un amigo para toda la humanidad no es un amigo para mí. (Pausa larga. La frase la dirá como anuncio a su muerte).* Hay una especie de decencia entre los muertos, una discreción notable: ¡nunca se encuentran haciendo una queja contra el médico que los mató!

DECIMA SEGUNDA ESCENA

17 DE FEBRERO DE 1673 (DÍA DE LA MUERTE DE MOLIÉRE Y DE LA SÉPTIMA FUNCIÓN DE LE MALADE IMAGINAIRE).

PRIMERA PARTE: EN EL TEATRO DEL PALACIO REAL.

MOLIÉRE (**Tose. Se tapa la boca con un pañuelo, este está lleno de sangre. Ve la sangre, no le hace caso. Está sentado, cerca de las bambalinas del teatro. Viste el vestuario del personaje de Argán, es de color amaranto, rojo tirando a granate. A voz baja habla con otro actor entre risas y tosidos**).- Hoy no me costará mucho representar a Argán. (**Ríe. Después de una pausa**). Hay un tiempo para todo... (**Observa el espacio. El teatro**). Y pensar que a mi abuelo le debo esto... Louis Cressé, (**al actor**) me llevaba a ver las obras de teatro del *Hôtel de Bourgogne*, ahí vi actuar el primer grupo teatral autorizado de París. Allí pude ver a algunos de los mejores actores de la época, como *Gros-Guillaume*, *Gaultier-Garguille* y *Turlupin*. Ahí comencé a soñar... Y aquí estoy con la compañía teatral de Molière, del que hablaran por siempre. No soy un comediógrafo más. ¡Soy

Molière! Al que se le considerará uno de los escritores más importantes de la literatura francesa. ¡Ya verás! **(Ríe. Tose)**. Y pensar que con los contactos que hice durante mis estudios y la facilidad que tuve para relacionarme con la nobleza, parecía que estaba destinado a trabajar como abogado. Pero, decidí cambiar la vida que llevaba por los escenarios. Y estoy aquí... a punto de entrar a otra nueva representación de esta, mi comedia, **(con el pañuelo en la mano)**, que a lo mejor será mi última comedia. **(Suena un timbre. Anuncia el comienzo de la representación. Molière entra a escena. En el personaje de Argán)**.

EL ESTADO DE SALUD DE MOLIÈRE IRÁ EMPEORANDO MIENTRAS TRANSCURREN ESTAS ESCENAS DE *EL ENFERMO IMAGINARIO* (I Y III ACTO). POR PARTE DE LOS ACTORES QUE LO ACOMPAÑAN EN ESCENA SE GENERARÁ UNA CONFUSIÓN. DUDAN SI LA COMPLICACIÓN DE SU ESTADO DE SALUD FORMA PARTE DE LA ACTUACIÓN O SI ES REAL.

ES LA ESCENA PRIMERA DEL I ACTO

Solo en la habitación, sentado ante una mesa, repasa las cuentas de su boticario, valiéndose de fichas; y, hablando consigo mismo, canturrea los diálogos siguientes:

Tres y dos hacen cinco, y cinco, hacen diez, y diez, hacen veinte. Tres y dos hacen cinco. “Además, del día veinticuatro, una pequeña ayuda insinuante, preparadora y suavizadora, para ablandar, humedecer y refrescar las entrañas del señor.” Lo que me agrada del señor Fleurant, mi boticario, es que sus cuentas son siempre muy educadas. “Las entrañas del señor; treinta sueldos.” Sí, pero, amigo Fleurant, no basta ser educado, hay que ser también razonable y no despellejar a los enfermos. ¡Treinta sueldos por una lavativa! Ya sabéis que gozáis de mi sincero afecto. Pero en otras cuentas me las habéis puesto a veinte sueldos nada más, y veinte sueldos, en la jerga de boticario, significa diez sueldos; por tanto, diez sueldos. Más, del mismo día, una buena ayuda deterativa, compuesta de diacatolicón doble, ruibardo, miel rosada y otros, según receta, para refrescar, lavar y limpiar el hipogastrio del señor; veinte sueldos.” Con vuestra licencia, pondremos diez sueldos. “Más, del

mismo día por la noche, un julepe hepático, soporífero y somnífero, compuesto para hacer dormir al señor; treinta y cinco sueldos.” De este no tengo por qué quejarme, pues me hizo dormir de veras. Diez, quince, dieciséis y diecisiete sueldos; seis dineros. “Más, del día veinticinco, una buena medicina purgante y tónica, compuesta de casia fresca con sen levantino y otros, ordenada por el señor Purgón, para expulsar y evacuar la bilis del señor; cuatro libras.” ¡Ah, señor Fleurant!, esto es una burla; hay que vivir con los enfermos. El señor Purgón no os ha ordenado que pusierais cuatro francos. Poned, poned, tres libras, si os parece bien. Veinte; y treinta sueldos. “Más, del mismo día, una poción anodina y astringente para dar reposo al señor; treinta sueldos.” Bien; diez y quince sueldos. “Más, del día veintiséis, una ayuda carminativa, para evacuar los gases del señor; treinta sueldos.” Diez sueldos, señor Fleurant. “Más la ayuda del señor repetida por la noche, como antes; treinta sueldos.” Señor Fleurant, diez sueldos. “Más, del día veintisiete, una buena medicina compuesta exprofeso para evacuar y sacar del cuerpo los malos humores del señor; tres libras.” Bien, veinte y treinta sueldos. Me agrada que seáis razonable. “Más, del día veintiocho, una toma de suero clarificado y dulcificado para suavizar, ablandar, atemperar y refrescar la sangre del señor; veinte sueldos.” Bien, diez sueldos. “Más una poción cordial y preservativa, compuesta por doce granos de bezoar, jarabes de limón y de granada y otros, según la receta; cinco libras.” ¡Ah, señor Fleurant!, vayamos despacio, despacio, por favor; si las gastáis así, nadie querrá estar enfermo; con tentaos con cuatro francos. Veinte y cuarenta sueldos. Tres y dos hacen cinco, y cinco, hacen diez, y diez, hacen veinte. Sesenta y tres libras, cuatro sueldos, seis dineros. De manera que durante este mes he tomado una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once y doce lavativas; y el otro mes había doce medicinas y veinte lavativas. Nada tiene de extraño que este mes me encuentre menos bien que el otro. Se lo diré al señor Purgón, para que ponga orden en este asunto. ¡Ea!, que me quiten todo eso de ahí. (Viendo que nadie acude a su llamada y que ninguno de sus servidores se encuentra en la habitación.) No hay nadie. ¿Qué saco con quejarme? ¡Me dejan siempre solo; no hay manera de retenerlos aquí! **(Hace sonar una campanilla para llamar a su servidumbre)**. No me oyen, y además mi campanilla no hace bastante

ruido. **(Llama por segunda vez: Tilín, tilín, tilín.)** ¡No hay nada que hacer! **(Llama de nuevo: Tilín, ti lín, tilín.)** Están sordos. ¡Antoñita! **(Hace todo el ruido posible con su campanilla: Tilín, tilín, ti lín.)** Nada, como si no llamara. ¡Maldita perra, bribona! **(Tilín, tilín, tilín. Ve que llama inútil mente.)** ¡Qué rabia! **(Tilín, tilín, tilín. Grita.)** Maldita, ¡que el diablo te lleve! ¿Es posible que se deje así, solo, a un pobre enfermo? **(Ti lín, tilín, tilín.)** ¡Vaya si es lamentable! **(Tilín, tilín, tilín.)** ¡Ah, Dios mío!, me dejarán aquí solo, aunque me muera. **(Tilín, tilín, tilín.)**

III ACTO

ESCENA VII

ANTONIA, ARGÁN y BERALDO

ANTONIA.- Señor, hay ahí un médico que desea veros.

ARGÁN.- ¿Quién es ese médico?

ANTONIA.- El médico de la medicina.

ARGÁN.- Te pregunto que quién es.

ANTONIA.- No lo conozco; pero se me parece a mí como se parecen dos gotas de agua. Si no estuviera tan segura de la honradez de mi madre, creería que es un hermanito con el que me ha obsequiado después de la muerte de mi padre.

ARGÁN.- Hazle pasar.

BERALDO.- Las cosas te salen a pedir de boca; te abandona un médico y se te presenta otro.

ARGÁN.- Temo que me has acarreado una desgracia.

BERALDO.- ¿Otra vez piensas en eso?

ARGÁN.- Tengo sobre mi corazón todas esas enfermedades que no conocía y que...

ESCENA VIII

ANTONIA, de médico; ARGÁN y BERALDO

ANTONIA.- ¡Señor...! Permitid que venga a visitaros y a ofreceros mis humildes servicios para todas las sangrías y lavativas de que tengáis necesidad.

ARGÁN.- Muy agradecido, señor. ¡Juraría que es Antonia en persona!

ANTONIA.- Perdonad un instante; se me ha olvidado darle algunas órdenes a mi criado. Vuelvo al momento. **(Sale.)**

ARGÁN.- ¿No dirías que es Antonia?

BERALDO.- La semejanza es muy grande; pero no es la primera vez que esto se ha visto, y la historia está llena de casos semejantes. Son caprichos de la Naturaleza.

ARGÁN.- Me sorprende y...

ESCENA IX

ANTONIA, ARGÁN y BERALDO

ANTONIA **(Que se ha quitado el traje de médico tan rápidamente, que nadie creería que fue ella la que apareció antes).**- ¿Qué manda el señor?

ARGÁN.- Cómo!

ANTONIA.— ¿No me había llamado el señor?

ARGÁN.- ¿Yo? No.

ANTONIA.- Será, entonces, que me han sonado las orejas.

ARGÁN.- Aguarda aquí para que veas cómo se te parece ese médico.

ANTONIA **(Saliendo).**- Es cierto, señor; lo he visto ya y ahora estoy ocupada.

ARGÁN.- *Si no los veo juntos no lo creo.*

BERALDO.- *Yo he leído casos sorprendentes sobre estas semejanzas, y en nuestra misma época hemos visto algún caso que ha traído revuelto a todo el mundo.*

ARGÁN.- *Yo me hubiera engañado en esta ocasión. Juraría que es la misma persona.*

ESCENA X

ANTONIA, de médico; ARGÁN y BERALDO

ANTONIA.- *Perdonadme, señor.*

ARGÁN.- *¡Es admirable!*

ANTONIA.- *No juzguéis mal de mi curiosidad por ver a un enfermo tan ilustre como vos. Vuestra reputación, que se extiende por todas partes, excusa la libertad que me he tomado.*

ARGÁN.- *Servidor vuestro, señor mío.*

ANTONIA.- *Veo que me observáis muy atentamente, ¿qué edad creéis que tengo?*

ARGÁN.- *Todo lo más, veintiséis o veintisiete años.*

ANTONIA.- *¡Ja, ja, ja, ja, ja! Tengo noventa años.*

ARGÁN.- *¿Noventa años?*

ANTONIA.- *Sí, señor. Los secretos de mi arte han conservado de este modo mi lozanía y mi vigor.*

ARGÁN.- *¡Por vida de...! ¡Vaya un jovencito de noventa años!*

ANTONIA.- *Soy médico ambulante, que va de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, buscando materiales para sus estudios: enfermos dignos de ocupar mi atención y de emplear en ellos los grandes secretos de la medicina, descubiertos*

por mí. Tengo a menos distraerme en menudencias, en enfermedades vulgares, en bagatelas como reumatismos, fluxiones, fiebres, vapores y jaquecas... Yo busco enfermedades verdaderamente importantes: grandes fiebres continuas, con trastornos cerebrales; buenos tabardillos, grandes pestes, hidropesías ya formadas, pleuresías con inflamación de pecho... esas son las enfermedades que a mí me gustan y en las que triunfo. Ojalá tuvierais vos, señor, todas estas enfermedades que acabo de nombraros y os hallarais abandonado de todos los médicos, desahuciado, en la agonía, para poderos demostrar las excelencias de mis remedios y el placer que experimentaría siéndoos útil.

ARGÁN.- Os agradezco en extremo vuestras bondades.

ANTONIA.- Dadme la mano... ¡Vaya!, este pulso está desordenado. Se nota que aún no me conoce: yo le haré marchar como es debido. ¿Quién es vuestro médico?

ARGÁN.- El señor Purgon.

ANTONIA.- En mis anotaciones sobre las eminencias médicas no figura ese nombre. Según él, ¿qué enfermedad tenéis?

ARGÁN.- Él dice que es el hígado; pero otros afirman que el bazo.

ANTONIA.- Son unos ignorantes. Vuestro padecimiento está en el pulmón.

ARGÁN.- ¿En el pulmón?

ANTONIA.- Sí. ¿Qué es lo que sentís?

ARGÁN.- De cuando en cuando, dolor de cabeza.

ANTONIA.- Justamente, el pulmón.

ARGÁN.- Con frecuencia se me figura que tengo un velo ante los ojos.

ANTONIA.- El pulmón.

ARGÁN.- A veces noto un desfallecimiento de corazón.

ANTONIA.- *El pulmón.*

ARGÁN.- *Y una laxitud en todo el cuerpo.*

ANTONIA.- *El pulmón.*

ARGÁN.- *También suelen darme dolores en el vientre, como si tuviera cólico.*

ANTONIA.- *El pulmón... ¿Coméis con apetito?*

ARGÁN.- *Sí, señor.*

ANTONIA.- *El pulmón. ¿Os agrada beber un poco de vino?*

ARGÁN.- *Sí, señor.*

ANTONIA.- *El pulmón. ¿Sentís cierto sopor después de la comida y os dormís dulcemente?*

ARGÁN.- *Sí, señor.*

ANTONIA.- *El pulmón y nada más que el pulmón; estoy seguro. ¿Qué plan de alimentación os habían puesto?*

ARGÁN.- *Legumbres.*

ANTONIA.- *¡Ignorantes!*

ARGÁN.- *Caza.*

ANTONIA.- *¡Ignorantes!*

ARGÁN.- *Tenera.*

ANTONIA.- *¡Ignorantes!*

ARGÁN.- *Caldos.*

ANTONIA.- *¡Ignorantes!*

ARGÁN.- *Huevos frescos.*

ANTONIA.- *¡Ignorantes!*

ARGÁN.- *Y por la noche, ciruelas para aligerar el vientre.*

ANTONIA.- *¡Ignorantes!*

ARGÁN.- *Y, sobre todo, beber el vino muy aguado.*

ANTONIA.- *Ignorantus, ignoranto, ignorantum! El vino se debe beber puro; y para espesar la sangre, que la tenéis muy líquida, es preciso comer buey viejo, cerdo cebado, queso de Holanda, harina de arroz y de avena, castañas y obleas para aglutinar... Vuestro médico es un animal. Yo os enviaré un discípulo mío, y yo mismo vendré de cuando en cuando a veros, mientras esté aquí.*

ARGÁN.- *¡Cuánto os lo agradeceré!*

ANTONIA.- *¿Qué demonios hacéis con ese brazo?*

ARGÁN.- *¿Cuál?*

ANTONIA.- *Si yo estuviera en vuestro pellejo, ahora mismo me haría cortar ese brazo.*

ARGÁN.- *¿Por qué?*

ANTONIA.- *¿No estáis viendo que se lleva para sí todo el alimento y no deja que se nutra el otro?*

ARGÁN.- *Sí, pero este brazo me hace falta...*

ANTONIA.- *También si estuviera en vuestro caso me haría saltar el ojo derecho.*

ARGÁN.- *Saltarme un ojo?*

ANTONIA.- *¿No os dais cuenta de que perjudica al otro y le roba su alimento? Creedme: que os lo salten lo antes posible y veréis mucho más claro con el ojo izquierdo.*

ARGÁN.- *No corre prisa.*

ANTONIA.- *Adiós, siento teneros que dejar tan pronto, pero debo asistir a una consulta interesantísima que tenemos ahora sobre un hombre que murió ayer.*

ARGÁN.- *¿Sobre un hombre que murió ayer?*

ANTONIA.- *Sí. Vamos a estudiar qué es lo que se debía haber hecho para curarlo. Hasta la vista. (Sale.)*

BERALDO.- *Parece muy inteligente este médico.*

ARGÁN.- *Demasiado radical.*

BERALDO.- *Todos los grandes médicos son así.*

ARGÁN.- *¡Eso de cortarme un brazo y de saltarme un ojo para que el otro vea mejor...! Prefiero que sigan como están. ¡Bonito remedio, dejarme manco y tuerto!*

ESCENA XI

ANTONIA, ARGÁN y BERALDO

ANTONIA (**Dentro**).- *¡Vaya, vaya, que no estoy para bromas! ¡Para serviros...! (Entra.)*

ARGÁN.- *¿Qué era eso?*

ANTONIA.- *Vuestro médico, señor, que quería a todo trance tomarme el pulso...*

ARGÁN.- *¡Pero es posible, a los noventa años!*

BERALDO.- *Y ahora, querido hermano, puesto que el señor Purgon se ha enemistado contigo, ¿quieres que hablemos de la colocación de tu hija?*

ARGÁN.- No. Estoy decidido a meterla en un convento por haberse opuesto a mi voluntad. Veo claramente que hay unos amoríos de por medio, y ella no lo sabe, pero he tenido conocimiento de cierta entrevista secreta...

BERALDO.- ¿Y qué? Aunque haya de su parte una inclinación, esto no es un crimen ni una ofensa para vos, puesto que no la conduce sino al honesto fin del matrimonio.

ARGÁN.- He resuelto que sea religiosa.

BERALDO.- ¿Deseas complacer a alguien?

ARGÁN.- Ya sé por dónde vas. Como le tienes ojeriza, crees que es mi mujer...

BERALDO.- Sí. Y puesto que es mejor hablar a cara descubierta, te confieso que es a tu mujer a quien aludo. Tan intolerable como tu obstinación en las enfermedades es la obcecación que padeces por ella, hasta el extremo de no ver los lazos que te tiende.

ANTONIA.- ¡No habléis así de la señora! Es una mujer de la que nadie puede decir nada: franca, amante de su esposo...

ARGÁN.- Pregúntale si es o no cariñosa.

ANTONIA.- Cierto.

ARGÁN.- Y el interés que se toma por mi padecimiento.

ANTONIA.- ¡Seguro!

ARGÁN.- Y los cuidados y trabajos que soporta por mí.

ANTONIA.- Es la verdad... **(A BERALDO.)** ¿Queréis que os convenza y os haga ver ahora mismo como la señora quiere al señor? **(A ARGÁN.)** ¿Queréis, señor, que lo desengañemos, dejándole con tres palmos de narices?

ARGÁN.- ¿Cómo?

ANTONIA.- *La señora volverá dentro de un instante, tumbaos ahí, haciéndoos el muerto, y veréis su desolación cuando yo le dé la noticia.*

ARGÁN.- *Muy bien pensado.*

ANTONIA.- *Pero no vayáis a prolongar mucho tiempo su desesperación, porque podría costarle la vida.*

ARGÁN.- *Déjame a mí.*

ANTONIA (**A BERALDO**).- *Escondeos en ese rincón.*

ARGÁN.- *¿Habrá algún peligro en hacerse el muerto?*

ANTONIA.- *Ninguno... Tumbaos ahí. (Bajo.) Ya veréis cómo le vamos a dar en la cabeza a vuestro hermano... ¡Ya está ahí la señora! ¡Hacedlo bien...!*

ESCENA XII

BELISA, ANTONIA, ARGÁN y BERALDO

ANTONIA (**Llorando**).- *¡Ay, Dios mío, qué desgracia tan grande!*

BELISA.- *¿Qué pasa, Antonia?*

ANTONIA.- *¡Ay, señora!*

BELISA.- *¿Qué ha sucedido?*

ANTONIA.- *¡Vuestro esposo ha muerto!*

BELISA.- *¿Mi marido ha muerto?*

ANTONIA.- *Sí. El pobre ya es cadáver.*

BELISA.- *¿Estás segura?*

ANTONIA.- *¡Y tan segura...! Todavía no conoce nadie el accidente, porque estaba yo sola; ha muerto en mis brazos.... Vedle, vedle ahí exánime.*

BELISA.- *¡Loado sea Dios, y qué carga más pesada se me quita de encima....! Pero ¿a qué viene el afligirse de ese modo, tonta?*

ANTONIA.- *Yo creía que había que llorar.*

BELISA.- *¡No vale la pena, que no es tan gran cosa lo que se ha perdido! ¿Quieres decirme para qué servía este hombre...? Para molestar a todo el mundo con sus lavativas y sus drogas. Siempre sucio, tosiendo, estornudando y moqueando a cada instante; agrio, enojoso, de mal humor y no dejando vivir a nadie ni de día ni de noche...*

ANTONIA.- *¡Vaya una oración fúnebre!*

BELISA.- *Ahora es preciso que secundes mis planes, que yo te recompensaré si me ayudas. Puesto que, afortunadamente, todavía no conoce nadie la noticia, vamos a llevarle a su cama y a ocultar su muerte hasta que yo haya terminado lo que me interesa. Hay dinero y papeles de los que quiero apoderarme, porque creo que es razón que yo los disfrute, habiéndole sacrificado los mejores años de mi vida. Ven acá. Primero cojamos las llaves.*

ARGÁN (**Incorporándose bruscamente**).- *¡Poco a poco!*

BELISA (**Llena de espanto**).- *¡Ah!*

ARGÁN.- *¿Era ésta vuestra manera de amar, señora esposa?*

ARGÁN.- *¡El difunto está vivo!*

ARGÁN (**A BELISA, que se marcha**).- *Celebro haber conocido vuestra estimación y escuchado el panegírico que de mí habéis hecho: es una sabia advertencia que me servirá de enseñanza para el porvenir.*

BERALDO (**Saliendo de su escondite**).- *¿Te has convencido?*

ANTONIA.- *¿Quién iba a pensar esto? Pero aquí llega vuestra hija; volveos a tender y veamos cómo recibe la noticia de vuestra muerte. Ya que estáis en ello, conviene continuar la prueba y enteraros de cómo os quiere vuestra familia.*

ESCENA XIII

ANGÉLICA, ARGÁN, ANTONIA y BERALDO

ANTONIA (**Llorando**).- *¡Dios mío, qué desgracia...! ¡Qué día más desdichado!*

ANGÉLICA.- *¿Qué tienes, Antonia? ¿Qué te pasa?*

ANTONIA.- *¡Tengo que daros una noticia muy amarga!*

ANGÉLICA.- *¿Qué?*

ANTONIA.- *¡Vuestro padre ha muerto!*

ANGÉLICA.- *¡Muerto mi padre, Antonia!*

ANTONIA.- *¡Sí...! ¡Vedlo...! Le dio un desvanecimiento, y ahora mismo acaba de morir.*

ANGÉLICA.- *¡Qué terrible infortunio! ¡Dios mío! ¡Quién me iba de decir que iba a perder a mi padre, que era lo único que me quedaba en el mundo, y que lo iba a perder en un momento en que se hallaba irritado conmigo...! ¡Qué será ahora de mí, ni qué consuelo podré hallar en esta pérdida tan grande!*

ESCENA XIV

CLEONTE, ANGÉLICA, ARGÁN, ANTONIA y BERALDO

CLEONTE.- *¿Qué tenéis, Angélica? ¿Por qué lloráis?*

ANGÉLICA.- *¡Lloro porque acabo de perder lo más grande que puede perderse en la vida! ¡Lo más querido! ¡Lloro la muerte de mi padre!*

CLEONTE.- *¡Qué catástrofe! ¡Qué suceso tan inesperado...! Habíéndole rogado a vuestro tío que intercediera en mi favor, venía ahora a presentarme a él para rogarle, con todos los respetos, que me concediera vuestra mano.*

ANGÉLICA.- *No hablemos más de nada, Cleonte, y olvidemos toda idea de matrimonio. Después de esta desgracia, no quiero pertenecer al mundo; renuncio a él para siempre... ¡Sí, padre querido! Si antes me resistí a vuestros deseos, quiero seguirlos ahora y reparar de este modo la pesadumbre que os causé y de la que ahora me acuso. Aceptad, padre mío, mi promesa y dejad que os abrace para testimoniarnos mi ternura.*

ARGÁN (**Incorporándose**).- *¡Hija mía!*

ANGÉLICA (**Aterrada**).- *¡Ah!*

ARGÁN.- *¡Ven! ¡No temas! Tú sí eres de mi sangre; mi verdadera hija, cuya bondad me enorgullece.*

ANGÉLICA.- *¡Qué agradable sorpresa, padre mío! Y ya que, para dicha mía, vuelvo a veros, dejad que me eche a vuestras plantas y que os suplique que, si no estáis dispuesto a favorecer los impulsos de mi corazón, si no queréis darme a Cleonte por esposo, al menos, os lo ruego, no me obliguéis a casarme con otro. Es la única gracia que os pido.*

CLEONTE (**Echándose a los pies de ARGÁN**).- *Dejaos enternecer, señor, por sus ruegos y por los míos, y no queráis contrariar los transportes de nuestra mutua inclinación.*

BERALDO.- *¿Te opondrás aún?*

ANTONIA.- *¿Permaneceréis insensible a tanto amor?*

ARGÁN.- *Que se haga médico y consentiré en el matrimonio. Hacedos médico y os entrego mi hija.*

CLEONTE.- *Con mucho gusto, señor. Si es esa la condición para llegar a ser vuestro yerno, yo me haré médico, y boticario también, si os agrada. ¡Qué no haría yo por lograr a la hermosa Angélica!*

BERALDO.- *Se me ocurre una cosa, hermano. ¿Por qué no te haces médico tú también? Esa sería la mejor solución, porque entonces lo tendrías todo en tu mano.*

ANTONIA.- *Es verdad. Ese sería el mejor medio de curaros; no hay enfermedad tan osada que se atreva a jugársela a un médico.*

ARGÁN.- *¿Os burláis de mí? ¿Estoy yo en edad de ponerme a estudiar?*

BERALDO.- *¿Estudiar? La mayoría de los médicos no saben lo que tú.*

ARGÁN.- *¿Y el latín? ¿Y el conocimiento de las enfermedades y de su medicación?*

BERALDO.- *En el instante de vestir los manteos y calarte el birrete adquieres todos esos conocimientos.*

ARGÁN.- *Pero ¿con sólo vestir los hábitos se sabe medicina?*

BERALDO.- *¡Claro...! Con una toga y un bonete, todo charlatán resulta un sabio, y los mayores desatinos se admiten como cosa razonable.*

ANTONIA.- *Además, con esas barbas ya tenéis la mitad del camino ganado; unas buenas barbas hacen a un médico.*

CLEONTE.- *Y en último caso, aquí estoy yo dispuesto a todo.*

BERALDO.- *¿Quieres que despachemos ahora mismo?*

ARGÁN.- *¿Ahora mismo?*

BERALDO.- *Y aquí, en tu misma casa.*

ARGÁN.- *¿En mi casa?*

BERALDO.- Sí. Yo tengo amigos en la Facultad que vendrán al instante para que celebremos la ceremonia en la sala. Además, no te costará nada.

ARGÁN.- Pero yo.... ¿qué tengo que hacer?

BERALDO.- Te aleccionan en cuatro palabras y te dan por escrito el discurso que debes pronunciar. Mientras tú te vistes con más decencia, yo voy a avisarles.

ARGÁN.- Pues vamos.

CLEONTE.- ¿Qué os proponéis con vuestros amigos de la Facultad?

ANTONIA.- ¿Qué es lo que pretendéis?

BERALDO.- Que nos divirtamos un rato. Los comediantes han concertado una mascarada parodiando la recepción de un médico; propongo que nosotros tomemos también parte en la farsa y que mi hermano represente el papel principal.

ANGÉLICA.- Pero, tío ¿no os burláis demasiado de mi padre?

BERALDO.- Más que burlarnos, es ponernos a tonó con sus chifladuras. Esto quedará solamente entre nosotros. Cada uno se encargará de su papel y todos participaremos en la comedia. Al fin y al cabo, estamos en Carnaval. Vamos a prepararlo todo.

CLEONTE (A ANGÉLICA).- ¿Consientes?

ANGÉLICA.- Puesto que mi tío nos autoriza...

Va a comenzar el tercer intermedio. Se oye la voz del actor que representaba a Cleonte.

ACTOR (Asustado).- Bajen el telón... ¡Rápido! ¡Molière se muere!

Se forma una algarabía, gritos, angustia y confusión por parte de los presentes.

NOTA PARA LA PUESTA EN ESCENA: EL DIRECTOR DEBE BUSCAR CONFUNDIR AL ESPECTADOR QUE VE LA OBRA, DE VERDAD SE DEBE BAJAR EL TELÓN, HACER QUE EL PUBLICO CREA QUE HA TERMINADO TODO. UNA PAUSA BREVE, PERO INCÓMODA Y VOLVERÁ OTRA VEZ LA REPRESENTACIÓN.

SEGUNDA PARTE: EN LA HABITACIÓN DE MOLIÉRE.

La Mujer de Molière va entrando a la habitación. Molière permanece en la cama, muerto. La Criada la sorprende.

LA CRIADA (**Llorando**).- ¡Ay, Dios mío, qué desgracia tan grande!

LA MUJER DE MOLIÉRE.- ¿Qué pasa?

LA CRIADA.- ¡Ay, señora!

LA MUJER DE MOLIÉRE.- ¿Qué ha sucedido?

LA CRIADA.- ¡Vuestro esposo ha muerto!

LA MUJER DE MOLIÉRE.- ¿Mi marido ha muerto?

LA CRIADA.- Sí. El pobre ya es cadáver.

LA MUJER DE MOLIÉRE.- ¿Estás segura?

LA CRIADA.- ¡Y tan segura...! Todavía no conoce nadie el accidente, porque estaba yo sola; ha muerto en mis brazos.... Vedle, vedle ahí exánime.

La Mujer de Molière se acerca. Se tira encima del cuerpo de Molière. Llor. La Criada la consuela.

LA MUJER DE MOLIÉRE (**Sobre su cuerpo**).- ¡Querido! No pude encontrar un sacerdote que te diera la extremaunción... ¡Dios! Moriste sin renegar de tu profesión de actor, ¿y ahora? ¿Dónde enterraré tu cuerpo? (**Levantándose**). Hablaré con el rey. ¡Su majestad me ayudará, lo sé!

La Criada saca un teléfono de su delantal, marca.

LA CRIADA.- Su majestad, el Rey, le espera. **(Le entrega un teléfono a la Mujer de Molière).**

LA MUJER DE MOLIÈRE **(Viendo por la pantalla del teléfono. La cara de la Mujer de Molière se debe proyectar en el fondo del escenario. Le habla al público).**- ¡Si, su majestad! ¡Ha muerto! ¡No! Aquí en la casa... ¡Esos son rumores! No murió en el teatro. Dio tiempo de llegar a la casa. Está aquí, tendido en su cama. Tieso... ¡Muerto! Necesito de usted, su excelencia. Le pido, mi Rey, que intervenga ante la iglesia y autorice que Molière pueda tener acceso a un funeral normal, “por la noche, y sin ninguna pompa ni cortejo”. ¡Si, su señoría! ¡Yo espero! **(Después de una pausa larga).** ¡Mil gracias, señor! **(Cancela la video llamada. A La Criada).** El rey accedió y Molière será enterrado en la parte del cementerio de *Saint Joseph* reservada para los niños no bautizados.

La Mujer de Molière vuelve al lado de él. Lloran. La Criada hace a salir por la puerta de la habitación, pero es interrumpida por espectros que entran al cuarto. Evocan a algunos personajes de las obras Las preciosas ridículas, Tartufo, Don Juan y El enfermo imaginario. Estos personajes ríen, lloran, actúan, dicen sus parlamentos, por ende, hay un cambio drástico en la escena, esta se convierte en un momento onírico y cómico. La Mujer de Molière y La Criada se unen a la escena, sin perder la emocionalidad que experimentan por la muerte de Molière. Comienza el último intermedio de El enfermo imaginario.

TODOS LOS ACTORES EN CORO

*Savantissimi doctores,
Medicinae profesores,
Qui hic assemblati estis,
Et vos, altri Messiores,
Setentiarum Facultatis
Fideles executores,
Chirurgiani et apothicari,*

*Atque tota compania aussi,
Salus, honor et argentum,
Atque bonum appetitum.
Non possum, docti Confreri,
Eu moi satis admirari
Qualis bona inventio
Est medici professio;
Quam bella chosa est et bene trovata,
Medicina illa benedicta,
Quae, suo nomine solo,
Suprenanti miraculo,
Depuis si longo tempore,
Facit a gogo vivere
Tant de gens omni genere.
Per totam terram videmus
Grandam vogam ubi sumus,
Et quod grandes et petiti
Sunt de nobis infatuti;
Totus mundus, currens ad nostros remedios,
Nos regardat sicut deos,
Et nostris ordonnancús
Principes et reges soumissos videtis.
Donque il est nostrae sapientiae,
Boni sensus atque prudentiae,
De fortement travaillare
A nos bene conservare
In tali credito, voga et honore,
Et prandere gardam a non recevoir
In nostro docto corpore
Quam personas capaces,
Et totas dignas remplire*

*Has placas honorabilis.
C'est pour cela que nunc convocatiestis,
Et credo quod trovabitis
Dignam materiam medici
In savanti homine que voici,
Lequel, in chosis omnibus,
Dono ad interrogandum
Et a fond examinandum
Vostris capacitatibus.*

Todos danzan y hacen reverencias a Molière. Lo levantan. Lo llevan en procesión, alzado en brazos. La escena confusa entre tristeza, algarabía, llantos y risas. Van sacando al muerto del cuarto. Empieza a disminuir la iluminación hasta llegar al apagón total.

Fin
*Westfield, abril 15, 2022.-
Hora: 10:50pm*